

Ficciones relata que debe a su hermana Norah su imagen imperecedera de la ciudad del Plata, porque «ella descubrió algo que yo solo no habría descubierto. Ella descubrió que Buenos Aires era una ciudad muy dilatada, de casas bajas, con patios, que era una ciudad horizontal (ahora es vertical). Ella me dijo a mí: “¡Qué raro! Esta ciudad, tan larga y tan chata, y sin embargo queda bien”. Y de ahí salió *Fervor de Buenos Aires*; toda mi literatura, digamos...» (*Borges el memorioso*, conversaciones de J.L. Borges con A. Carrizo, pág. 74). Borges sintió, cuando fue nombrado en 1955 director de la Biblioteca Nacional, que volvía al barrio de sus mayores, que volvía a encontrarse en esas calles demarcatorias y esenciales. Hay en él una suerte de sacralización de la ciudad que se expresa claramente en sus primeros libros. Al caminar la ciudad y al describir literariamente esas experiencias y esos recuerdos de familia, Borges se aparta de toda exaltación de la modernización, porque no le interesa la ciudad que emerge de la piqueta modernizadora.

Barrios oscuros y bajos, casas con patio, zaguán y aljibe, territorio de personajes corridos por la historia, calles tortuosas, ésa es la ciudad del escritor, ésa es la que su memoria recorre minuciosamente entretejiendo sus propios recuerdos con los relatos de su madre y de su abuela. Para Borges, Buenos Aires sigue siendo la misma de su infancia en Palermo, aunque ahora se refugie como último baluarte, ya derrotado, en el Sur. Importan la sensibilidad, las imágenes de la niñez, lo que quedó grabado en la retina, lo que escuchó decir casi en voz baja a los mayores de aquel tiempo mítico y monstruoso del tirano, importa la fluencia caprichosa de la memoria, no el catálogo minucioso de las transformaciones urbanas. Cuando Borges camina por Buenos Aires sale del presente, se escabulle de ese gigante inabarcable y extraño que no le pertenece y se deja convocar por esas lejanas imágenes de un pasado que impulsa su escritura. A nosotros nos importa seguirlo en esa errancia que disloca el presente y que abre una brecha hacia otro tiempo y hacia otro lugar. Benjamin, en sus vastas caminatas parisinas, cuando conjugaba sus horas diurnas en la Bibliothèque Nationale con el extravío nocturno, hizo algo muy parecido a lo hecho por Borges: buscaba en los restos, en los desperdicios del día, a la ciudad del siglo XIX. No resulta vano señalar que los dos viven sus ciudades —Buenos Aires y París— desde la óptica del siglo XIX.

París es para Benjamin, Baudelaire, el *flâneur*, los boulevares abiertos por la sed modernizadora del barón Haussmann, la exposición mundial, las arcadas de acero y vidrio, los últimos restos de las callejuelas medievales, la ciudad de las barricadas y de Blanqui. Acompañado del francés de Proust, Benjamin fatigó minuciosamente las calles parisinas, se dejó llevar hacia otro escenario, captó los sonidos de una ciudad ya desaparecida; él también, como Borges, vivió otra ciudad, caminó por otras calles y se detuvo a escudriñar los objetos que lo remitían a ese mundo decimonónico fenecido como resultado de la extenuante realización de sus propios ideales de progreso. Benjamin recorrió la ciudad de Baudelaire para entender su propio tiempo; arqueologizó el siglo XIX, escarbó en los orígenes de lo moderno, para penetrar en

los secretos de una época destinada al ocaso. El descubrió doblemente a París: la atravesó azarosa y laberínticamente en noches interminables; a veces solo, otras guiado por los pasos expertos de alguna prostituta, pero también se la apropió a través de su pasado, de su agónica memoria escondida entre los miles de documentos que guardaba la Bibliothèque Nationale. Benjamin descubrió París con sus desacompañados pasos y con los libros, una sublime manera de penetrar en los misterios de cualquier ciudad. Dicha del caminante que ama perderse para poder encontrar y dicha del lector que sale a la caza de algún fragmento especialmente feliz. ¡Cuánto se parecen Borges y Benjamin! París y Buenos Aires, su pasión de caminantes, de paseantes de la memoria, su infatigable devoción hacia los libros y las bibliotecas, sus indagaciones constantes de los misteriosos vericuetos del lenguaje, el trajín cotidiano y bendito de la escritura, la ceguera y la extrema miopía, su lucidez termidoriana, su alabanza de lo minúsculo, su común pasión por la literatura infantil. Los dos recorrieron con entusiasmo los laberintos de la lengua, sintieron el latir de Dios en la sonoridad de las palabras.

Nunca se leyeron (Borges quizá pudo haberse encontrado con algún texto de Benjamin, algunos de sus amigos de la editorial Sur seguramente lo conocían), pero eso no parece ser importante. Son tantos los puntos en común que daría la impresión de que se leyeron atentamente, que se conocieron en profundidad compartiendo prolongadas caminatas por sus ciudades, conversando hasta el amanecer de sus libros amados, de la Cábala que ambos conocieron por Scholem, de los secretos que esconde toda biblioteca, quizá de Shakespeare y de los barrocos alemanes, seguramente de los simbolistas franceses y de libros de la infancia, sin olvidar su especial inclinación por las novelas policiales y por el cine. Benjamin se hubiera sentido profundamente conmovido por «Deutsches Requiem» o por «El Aleph», Borges hubiera leído fascinado las *Tesis de filosofía de la historia* o el ensayo sobre Kafka (¿cómo pasar por alto que los dos amaron con intensidad al praguense y que ambos imaginaron que lo acompañaban en una larga caminata por el guetto, tratando de seguir la pista al Golem?).

Borges encontró la universalidad desde los suburbios, habitando tozudamente en las fronteras del mundo; allí descubrió el cosmopolitismo de la cultura; Benjamin vivió escapando del centro, afirmándose en sus umbrales, escribiendo póstumamente, desconocido y solitario, último representante de una época y de una cultura extenuada y lanzada hacia el precipicio de la barbarie. Borges miró a través de las lentes lejanas de Buenos Aires los secretos de las lenguas de Occidente; Benjamin observó en los escombros de la modernidad su propia finitud. Borges murió en la ciudad donde transcurrió su adolescencia feliz e iniciática, quiso poner distancia de Buenos Aires, alejarse de sus fantasmas y de sus pesadillas, del pasado que golpeaba infatigablemente la memoria del anciano. Borges vivió una vida extensa, a veces dichosa, otras infeliz; fue la suya, en todo caso, una existencia determinada por el sino de la literatura, acechada por esos volúmenes de la biblioteca de Palermo en los arrabales de Buenos Aires donde, como Francisco Laprida, se encontró con su destino sudamericano.

Borges caminó lentamente hacia la muerte, se tomó su tiempo, se detuvo en cada recodo del camino, la aguardó con calma, a veces deseó apresurarla, pero en general la esperó sin excitaciones, como si fuera una antigua conocida, sintiendo con alivio el otoño de sus años, esa sensación de entrar pausadamente y con los ojos abiertos en la eternidad. Benjamin vivió acosado por su fidelidad de escritor destemplado, incansable en su persistente extraterritorialidad; quizá se supo póstumo, por eso se ocupó obsesivamente de que su amigo Gershom Scholem mantuviera con cuidado y al día copias de todos sus trabajos; él sabía que algún día, en otra encrucijada cultural, alguien leería sus escritos, otros lectores, no sus contemporáneos, prestarían atención a sus ideas (Scholem y Adorno se ocuparían de resguardar la memoria del amigo, de editar sus ensayos, de darlo a conocer al público). Benjamin tenía conciencia de ser uno de los últimos exponentes de un mundo cultural en la hora de su crepúsculo. En todo caso, y esta quizá sea una profunda diferencia con Borges, Benjamin no veía delante suyo una vida prolongada, la vejez no estaba en sus planes de fugitivo y de intelectual desarraigado. A él, como en un cuento de Borges, el destino lo esperaba en una frontera.

Ambos sí «se habían demorado en los goces de la memoria»; sus obras fueron talladas pacientemente con el material extraído de los recuerdos, en un juego interminable donde la tradición iluminaba la novedad. Borges ha escrito en forma de poema esta certeza:

Sólo una cosa no hay. Es el olvido.
 Dios, que salva el metal, salva la escoria
 Y cifra en su profética memoria
 Las lunas que serán y las que han sido.
 «Everness»

Viajeros de zonas teñidas por el gris del olvido, exégetas de apergaminados manuscritos descompuestos por el paso vertiginoso del tiempo, las ciudades amadas fueron para ellos un jeroglífico a descifrar, un laberinto que había que recorrer insobornablemente, una serie dispersa de infinitas huellas hacia los fondos oscuros de la memoria.

A Borges siempre le fascinaron esos personajes de las orillas, figuras brumosas de una época pretérita que representaban, para el escritor, un mundo de valores volatilizado, sepultado bajo los escombros de la antigua ciudad que dejaba su lugar a la urbe moderna. El orillero guardaba la memoria de otro tiempo, y Borges, a través de esos personajes de los arrabales, intentó seguir la pista a una ciudad que se esfumaba, que vertiginosamente se transformaba en un monstruo despiadado, en una masa informe que se extendía hacia todos los confines borrando las huellas de la memoria.

Benjamin persiguió en las noches parisinas el saber y el olor de otra ciudad, de otra edad; buscó en los ojos abismales de las prostitutas las señas de identidad, la contraseña para penetrar en esa otra ciudad que se despertaba cuando los honestos ciudadanos se retiraban al interior protegido de sus hogares burgueses. Libros y prostitutas, una combinación extraña, una alquimia original para penetrar el misterio de la metrópolis moderna. El comercio de la noche, la laboriosidad del trapero y la mira-